

tónces le hace retroceder bruscamente, lastimando la vanidad del jóven é inhabilitándolo para seguir la direccion mas modesta que quiere dársele. Todavía se agrava mas este mal si para evitar este inconveniente quiere el padre luchar con las dificultades que hubiera debido preveer; porque entónces el jóven debuta de una manera incompleta, en cierto estado de contradiccion y repugnancia, y pasa su vida en procurarse por medios materiales una inteligencia que debia estar toda consagrada á su profesion. Hay otras causas no menos poderosas que comprometen el porvenir de los hijos. La madre no quiere que siga una carrera que la separa de ella; el padre (esto es doloroso en extremo, pero es forzoso decirlo) especula sobre tal ó cual aptitud pasajera que explota en provecho suyo, sin curarse de los resultados que dará mas tarde este cálculo impío. Por último, el padre y la madre se dejan arrastrar por infundadas preocupaciones; y el hombre que hubiera sido un escelente agricultor ó un eminente artista, vegeta ocupando un lugar entre los hombres de la mediania ó entre los funcionarios públicos de baja esfera. ¡Madres, es amar verdaderamente á vuestros hijos el amarlos por el placer egoísta que os inspira! Pensad bien en ello: llegará un día en que notarán el mal que les ha ocasionado vuestra ciega ternura; y entónces por mas que procuren reflexionar y buscar excusas para justificar vuestra conducta, serán realmente desgraciados por vuestra causa, y os amarán menos. ¡Padres! vuestros hijos no os pertenecen: Dios os los ha confiado, le debéis estrecha cuen-

ta de los esfuerzos que hagais para su felicidad, y os haceis culpables no solo para con ellos, sino para con la sociedad entera; si obrais como depositarios infieles. Padres y madres: sabed que en todas las profesiones y en todos los estados se puede adquirir una posicion honrosa. No hay otra base de distincion que la inteligencia. No hay otra línea de demarcacion que los hombres, que la que señala la educacion, no precisamente la educacion que consiste en el saber, sino la educacion moral, la educacion social, si así podemos esplicarnos. Si os parece que los individuos que se dedican á ciertas profesiones dejan algo que desear respecto á su moralidad este descrédito no debe servir de obstáculo á vuestro propósito: la virtud sabe hacerse lugar en todas partes, sembrad la buena semilla en ese suelo que está deseando recibirla; otros imitarán vuestro ejemplo, y habreis merecido bien de Dios y de los hombres.

—Es necesario no retroceder una vez emprendido un camino: es necesario caminar mirando siempre á lo alto, nunca á lo bajo. Una caída de esas que son tan frecuentes en el mundo y en que la probidad no puede ser acusada, es una desgracia, una catástrofe quizá, pero nunca un deshonor, y mientras se cuenta con la estimacion de los demas y con el testimonio de la conciencia, se está siempre á tiempo de levantarse. Nadie ha venido al mundo para hacer fortuna, todos estamos en él para hacernos bien, y como dicen las gentes honradas: con la satisfaccion y la alegría no se echan de menos las riquezas.



—Arreglar y metodizar la vida, es el trabajo incesante de toda la vida.

—El método de conducta es la lógica de la razón, interrogando á los hechos que se preparan y suceden. Admítase una interrupcion en esta lógica, y véase si no es preciso reconstruir de nuevo el edificio á costa de inmensos gastos.

—Las necesidades son lo que se quiere que sean. El número de aquellas á que el individuo no puede sustraerse es tan limitado, que para la mayor parte de los hombres pasa desapercibido entre la infinita multitud de necesidades.

—Los recursos son mas bien grandes por el uso que se hace de ellos, que por su importancia como medios de acción considerados aisladamente. El sistema ó espíritu de conducta debe aplicarse muy especialmente á contener las necesidades dentro de los límites del poder.

—Si no hay oficio, estado ni profesion que haga al hombre necesariamente dichoso, no hay ninguna que lo haga necesariamente desgraciado: así es que depende de cada uno de nosotros el procurarnos toda la suma de felicidad á que podemos aspirar sobre la tierra. Para esto es preciso, sin embargo, respetar y hacer por consiguiente respetable y honrosa la posición en que nos hallamos, bien porque háyamos tenido la ventaja de escogerla, ó bien porque en fuerza de circunstancias, á que no hemos podido sobreponernos, nos haya sido forzosamente im- puesta.

—Es una gran locura querer preveerlo todo, y mas grande todavía creer que todo se ha pre-

visto: esto es olvidar que los demas tienen como nosotros una libertad de ejercitar, y que esta libertad puede determinarse con la misma facilidad hácia el bien que hácia el mal. Si desafiamos de cualquier modo á esta libertad, habremos de presumir una inteligencia tan vasta, tan segura, que seria casi igual á la de Dios.

Por el contrario, no seria menor locura contar con lo imprevisto para salir adelante de un mal paso. Sin jugar aquí con las palabras ni argumentar á la manera de los antiguos lógicos, que dicen que el imprevisto que es esperado y buscado, como, por ejemplo, aquel á que se deben todos los grandes descubrimientos de la física y la química, no es el verdadero imprevisto; haremos notar que admitido una sola vez el imprevisto en el orden de la vida, se niega la posibilidad de este orden; y como este orden no consiste en otra cosa que en buscar el bien por medio del bien, se niega éste, y por consiguiente el mal, se destruye la libertad, y el universo entero queda entregado á ese contrasentido, á ese absurdo que se llama *el caso*.

Indudablemente es fácil preveer que el bien produce el bien, que el mal produce el mal, que el bien puede ser turbado por el mal, y que el mal puede ser reemplazado por el bien: tambien es fácil preveer la consecuencia ó subir á la causa inmediata de un acto; pero empeñarse en ir mas allá y creer que podemos adivinarlo todo, es incurrir en un error funesto y lamentable. En este caso caemos en un exceso, y todos los excesos son igualmente perniciosos. El exceso de la prevision es la timidez que trae



consigo la indecision y despues la inaccion. Usemos del presente sin comprometer el porvenir. Para no comprometer el porvenir, es necesario no prescindir ni quitar cosa alguna de aquello que debemos considerar como seguro, y no contar nunca con lo que recelamos que puede suceder en clase de imprevisto. Es indudable que el imprevisto existe, puesto que no podemos preveerlo todo; pero como no sabemos lo que traerán consigo los sucesos imprevistos, debemos estar preparados para aprovecharnos del bien y remediar el mal, sin confiar demasiado en el primero ni temer con exceso el segundo.

No terminaremos estas ideas acerca de lo imprevisto, sin hacer notar que esta ilusion se combate con tanto calor como se ha rechazado la creencia de la fatalidad, porque es el mismo error presentado bajo otro nombre y bajo un orden de hechos enteramente diverso.

—Puede considerarse la presuncion como contraria á la confianza en lo imprevisto, porque en el último caso el individuo se anonada completamente para entregarse á una especie de fatalidad, y en el primero se fia en su propio valor para dominar los sucesos. Cualquiera que sea el papel que uno se reserve en el mundo, importa no olvidar nunca que todos los demas pueden representarlo tan bien y acaso mejor que nosotros. Por lo demas, el número de estos papeles es bien limitado, y muy fácil que otro nos adelante en el desempeño por poco que descuidemos el nuestro.

—Por último, podemos señalar como la tercera causa del mal éxito de nuestras empresas,

la siguiente. Se hace una amalgama de dos ideas falsas entre las anteriormente indicadas, se las modifica para aplicarlas una á otra, caminando luego á la ventura, es decir, contando en parte con lo imprevisto y apoyado, en parte en una presuncion exagerada. Se toman por ejemplo algunas raras aunque muy brillantes excepciones; y lanzándose con pobrísimos medios á un porvenir que solo está abierto á las grandes fortunas, se cuenta desde luego como segura la posesion de los millones que se han soñado en el delirio. Estos grandes señores sin tierras ni pergaminos, pero por lo mismo mas presuntuosos y altaneros, creen que la fortuna se deja arrastrar por ese aire de conquista, cuando no hay muger mas positiva, matrona mas gazmoña y afectada, ni dama de mostrador mas minuciosa y mas hábil para llevar sus cuentas. Acaso sucedia de otra manera en los antiguos tiempos; pero basta mirar hoy dia las personas á quienes ella han sonreido para convencerse de que sus favores solo se alcanzan á fuerza de perseverancia y de grandes y señaladas dotes.

XLVII. Pudiéramos haber añadido á las anteriores algunas otras observaciones; en efecto, nada hemos dicho de las buenas cualidades, ni de las virtudes que conducen á nuestra felicidad mas que ninguna otra cosa. Pero las buenas cualidades y las virtudes no son en realidad sino el resultado de la lucha que nos vemos precisados á sostener contra nuestros defectos y nuestras malas inclinaciones, siempre que nuestros intereses se hallan en contradiccion con los intereses de los otros. Por consiguiente, reser-



varemos este punto para cuando háyamos de tratar de los deberes sociales. Tampoco pasaremos adelante sin recordar que el espíritu de conducta no basta para hacernos felices, y que para apreciar las ventajas que proporciona, es preciso que no nos falte otra cualidad que llamariamos espíritu de condicion. Todos los días se vé personas que se figuran, y á quienes oímos decir con la mayor seriedad que la profesion que han abrazado es precisamente aquella para la que eran menos á propósito. Esto puede suceder muy bien algunas veces; pero es inexacto las mas de ellas; y si al que se queja le obligaran á que cambiase su profesion por la que desearia tener, mil veces hallaria que se engañó de medio á medio cuando se juzgó mas á propósito para esta última. Generalmente exageramos las dificultades, los trabajos, los sufrimientos inherentes á la posicion en que nos hallamos y vemos las demas á través de este prisma doloroso, que falsamente nos hace resaltar la conveniencia de aquellas. En seguida el amor propio, siempre mas grande que nuestro mérito, se encarga de aumentar esta ilusion. Tambien es preciso convenir en que de cuando en cuando atraviesan nuestro entendimiento ciertas ráfagas de sorprendente luz que iluminan algunos puntos desconocidos é ignorados para nosotros hasta entonces; estos resplandores, una vez estinguídos, dejan en pos de sí la melancolía y la tristeza, y nos hacen suspirar dolorosamente por una gloria que no hemos alcanzado.

En verdad que la gloria no es una palabra vacía de sentido, y que es muy duro ver lasti-

mado el amor propio, que no siempre nos engaña. ¿Pero es acaso prudente ni acertado entregarnos á la amargura de esos estériles recuerdos, ó aventurarnos á emprender nuevas direcciones bajo el impulso de cada uno de los movimientos de nuestra imaginacion? Tardemos mucho en escoger y en decidirnos; pero una vez tomada nuestra determinacion, no nos reconvenamos inútilmente ni nos hagamos víctimas de nuestro despecho.

XLVIII. Muy superior al espíritu que hemos llamado de condicion, hay un tercer espíritu, el mas raro de todos, precisamente en las circunstancias en que nos pudiera ser mas útil. ¿Hay tan pocas personas que consientan en tener el espíritu propio de su edad!

XLVIX. Nótese bien que todos estos espíritus, espíritu de conducta, de condicion y de edad, no son en realidad sino una misma cosa considerada bajo tres aspectos diferentes; no son mas que la *razon* considerada bajo tres puntos de vista: en efecto, los tres entran de diverso modo á componerla, y faltando uno de ellos es imposible que suplan su falta los dos restantes. Véamos sin embargo lo que se quiere decir cuando se felicita á una persona por tener el espíritu propio de su edad.

L. Desde luego se comprende que no pretendemos hallar este espíritu en los primeros días de la vida. Un niño en los brazos de la nodriza no puede tener esos cuidados y esos deseos que solo produce el desarrollo del entendimiento.

Ll. Pero cuanto mas se estudia el hombre



y la vida, mas profunda encontramos aquella espresion de Moliere:

“El mundo, querida Inés, es una cosa estraña!”

Generalmente creemos haberlo adivinado todo, y tener asida la punta que ha de desenredar la madeja embrollada á la que antes dábamos vueltas sin poder conseguir cosa alguna. Nos preparamos á rehacer la obra de Dios,— porque el moralista parte ordinariamente de este principio: todo se ha vuelto malo y es preciso trabajar para que todo se vuelva bueno,— entonces se tira del hilo y sin reparar que se enreda y se empelotona, se sigue tirando solo porque sigue saliendo, hasta que en medio de nuestro trabajo el hilo se rompe. ¡Trabajo perdido! No era esta la punta que se necesitaba, y es necesario volver á comenzar la obra destruida. Nunca se contenta el hombre con ser lo que es, ó á lo menos con parecerlo. Si tratais al niño como niño, al jóven como jóven y al anciano como anciano contrarias manifestamente, si es que no ofendeis al niño, la jóven y al anciano. Solo hay un punto de estacion en la vida que todos aceptamos y en el que todos quisiéramos estar siempre: aquel en que se supone que la vida se encuentra en toda su actividad y la fuerza en todo su desarrollo.

Despues de lo que acabamos de decir, pudiera creerse que el dicho de Moliere no tiene una completa exactitud, y que el hombre no es una cosa tan estraña, tan difícil de comprender y de esplicar como lo han dicho una porcion de moralistas; pero esto nada quita á la verdad, á la profundidad del dicho de Moliere. Moliere

re no pensaba en el hombre sino en los hombres en la sociedad; y sobre todo en una cierta porcion de la sociedad, donde la lucha de las pasiones es tan horrible, tan encarnizada, tan revuelta, que el hombre pensador no puede menos de hallar en ella cosas bien estrañas.

LII. Hemos dicho muy poco há que no hay cosa tan difícil como tener el espíritu propio de la edad en que se vive; y sin embargo, ¡qué contradiccion tan estraña! no hay cosa mas sencilla que mas se encuentre en el orden lógico y natural de las cosas. Acaso lo que vamos á decir parezca un juego de palabras, pero lo diremos sin embargo: tener el espíritu propio de la edad, no es otra cosa que tener el espíritu, los deseos, las intenciones correspondientes á aquella edad.

LIII. Esta felicidad, como todas las demas, depende principalmente de nuestros padres. Nosotros no hacemos mas que continuar durante la vida el camino que principiamos á andar bajo las indicaciones y con ayuda de la robusta mano de nuestro padre.

Muchos de estos se encantan generalmente al oír decir de sus chiquillos.—Es tan grave y tan sério como un hombre: tiene todo el aplomo y la habladuría de una muger: creen sin duda que esta gravedad, este aplomo, son los indicios de una razon precoz, y se olvidan de que una fruta precoz jamas vale tanto como el fruto en su sazón, y de que los niños que parecen prodigios á los diez años de edad, son generalmente unos idiotas á los veinticinco. Cuanto de esta seriedad es natural, cuando el niño es



realmente observador, meditabundo inteligente, no por eso deja de jugar, aunque juegue con seriedad; y si raciocina mas que los otros, sus razonamientos, sus ideas, su lenguaje son siempre los de un niño. Dejarlos entrever algo mas allá, persuadirlos de que pueden conocer mas y animarlos á ello, es falsear su juicio porque se les separa de ver como ven, y de sentir como sienten. A los veinte años querrán ya dirigir á la especie humana, á los treinta estarán henchidos de orgullo y de altanero desden, y cuando llegue aquella edad en que el hombre solo vale por su inteligencia, por sus cualidades morales, por su habilidad en no presentarse á la vista de los demas sino bajo el aspecto agradable y bajo la favorable impresion de sus buenas cualidades, estarán ya cansados de aburrimiento y envejecerán en una cólera perpétua.

LIV. Gustamos mucho de hallar á los niños ingénuos, francos, vivos, petulantes, revelándose á veces contra el reposo físico y aun (sea dicho esto para los papás) contra la obligacion del trabajo intelectual, que debe imponérseles con cierto sistema. Despues nos gusta tambien ver á la alegre juventud tomar á sus anchas, posesion de la vida, contra los dias perdidos como dias de placer, gastar inútilmente una sensibilidad tanto mas profunda cuanto es mas expansiva, y dejar que se evapore libremente ese calor propio de una sangre rica y de una sávia vigorosa. Dejad, decimos nosotros, dejad entonar esa fresca poesía de los veinte años, himno de amor y de fé que eleva el corazon á todo lo que

es bueno, á todo lo que es bello, es deir, á la naturaleza entera; porque todo es bueno, todo es bello cuando la esperanza está aun en su flor.

El placer es el corazon en medio del festin: el corazon no se agita sino por el bien y para el bien: el bien no está en el recogimiento y en la tristeza. Sin duda alguna es necesario saber imponerse y sufrir una y otra de estas dos cosas; pero no debemos hacer de ellas el objeto esclusivo de nuestra vida.

LV. Es verdad que la infancia y la juventud muy pocas veces toman el disfraz de la edad madura, cuando la vejez adopta muy frecuentemente el de esta última, sino el de la juventud lozana. Esto sucede, porque cuando hay que ejercitar el derecho de eleccion entre dos riquezas, es mucho mas fácil abstenerse de ejercerlo, que cuando podemos escoger entre una riqueza y lo que se considera como una pobreza.

El jóven, que posee en su juventud una riqueza se abstiene de utilizar su derecho de eleccion sobre esa otra riqueza, que es la edad madura; pero la vejez se considera una pobreza con respecto á la juventud; y así, envejecer, es para algunas personas una desgracia, que á falta de medios para evitarla, la niegan á lo menos con obstinacion decidida. No sin intencion hemos reunido aquí las palabras vejez y envejecer, que ciertamente no significan una misma cosa. Para las mugeres, por ejemplo, la vejez nada significa; pero el envejecer es un estado de transicion que jamas aceptan.—La vejez es una posicion marcada y decidida: cuando se ha desarrollado completamente y es una cosa ma-



nifiesta y clara, se resigna la muger á esta posicion, acepta el nuevo papel adecuado á este carácter, y no pocas veces lo desempeña con buenos resultados. Pero ese estado á que se llama envejecer, en que se pierde cada dia alguna ventaja, en que un pliegue accidental en el rostro puede ya interpretarse como una arruga, en que un descuido en el peinado puede descubrir algunos cabellos blancos, en que no se tiene ya el derecho de ser jóven sin verse todavía en el estado de ser vieja, en que se vive entre un recuerdo y una lágrima, hé aquí el mas cruel de los suplicios á que puede verse condenada una muger. Las mugeres, pues, y con ellas un gran número de hombres que son mas mugeres que ellas, pasan su vida, no en conjurar la vejez que pretenden esperar á pié firme, sino en hacer toda clase de esfuerzos para no envejecer.

LVI. ¿Qué es, pues, la vejez? ¿Qué es envejecer? Se puede llegar á aquel estado sin haber pasado antes por éste? Estas dos cosas son tan distintas en la realidad como acabamos de suponerlo. No existe mas consuelo para ellas que la resignacion á la ley de la naturaleza?

LVII. Es indudable que el alma viene al hombre tal como ha de permanecer en él eternamente; pero el alma no vive, porque la vida es una sucesion de actos que parten de un punto ó de un hecho para llegar á otro: el alma existe. Por el contrario, el cuerpo que es su envoltura material, vive; y tiene como todas las cosas materiales, una formacion, un desarrollo ó crecimiento, una época de decadencia y un fin. Mientras el cuerpo está en el periodo de

desarrollo, es jóven; envejece desde que entra en el periodo de decadencia; y es viejo cuando se halla ya muy adelantado este periodo. Muchas causas pueden hacer que en el mismo individuo sea este periodo, llamado de decadencia, una época de mas fuerza y vigor que el periodo de desarrollo, así como otras muchas causas pueden hacer que el fin de la vida venga en cualquier momento del primero ó segundo periodo: en todas las edades se muere, pero esto no altera nada el fondo de las cosas.

El decaimiento lleva consigo la alteracion de la fuerza. El que haya personas que disfruten en este periodo mejor salud que en los anteriores, no contradice este principio. Los órganos funcionan mejor que lo hacian antes; pero no tienen las cualidades que hubieran tenido si algunas causas escepcionales no hubieran estorbado su accion durante la juventud ó impedido su desarrollo.

Aunque el alma, inmutable en su naturaleza, no puede perder fuerza alguna durante la vejez del cuerpo, á la manera que tampoco puede aumentarla durante la juventud, sin embargo, como manifiesta su accion y su existencia por medio de los órganos, sus manifestaciones se modifican necesariamente segun el estado en que los órganos se encuentran. Estos, sin embargo, y segun la distincion que antes hicimos, no representan todas el mismo papel, y es por lo tanto indisputable que los que sirven á la existencia moral, no solo no experimentan por consecuencia de la edad las mismas alteraciones que los que sirven particularmente á la existencia física,



sino que contraen una clase de esperiencia que los hace más seguros en sus oficios, hasta que sometidos, como todos los demas, á la ley que rige toda la materia, se embocan poco á poco, ejecutan con mas dificultad sus funciones y decaen al fin completamente.

Así, pues, del mismo modo que en la juventud, se puede observar la desigualdad en el desarrollo de las dos naturalezas espiritual y material, puede notarse en la vejez el decaimiento desigual de estas dos naturalezas. Un anciano es ya débil de cuerpo cuando su naturaleza está todavía vigorosa; y este vigor que no es sin embargo el de la juventud, que no se lanza ya en el porvenir, sino que se consagra á examinar y juzgar lo pasado sacando de él una provechosa enseñanza, persiste por lo regular hasta que llega el último instante de la vida.

Así, pues, el envejecimiento físico es más rápido y visible que el moral; y puesto que la existencia moral es la que en realidad nos proporciona la felicidad ó las desgracias, es evidente que del cuidado que pongamos en esta última, cuando sus fuerzas vitales están aun en toda su robustez, depende enteramente el buen ó mal estado en que nos encuentre la vejez.

LVIII. Hé aquí en pocas palabras lo que se entiende por envejecer, y lo que es la vejez; pero esto no nos dice si es posible no envejecer ó disimular que se envejece, ó bien si no existe otro remedio para este mal que la conformidad á la ley de la naturaleza.

LIX. Preguntar si es posible no envejecer, es hacer una pregunta ociosa y ridícula porque

no se puede pasar repentinamente de la juventud á la ancianidad. Preguntar si puede disimularse el envejecimiento, tampoco es más prudente ni sensato. Ni el hombre ni la muger, en la decadencia de la vida, pueden dar á su entendimiento y á su imaginación la fuerza que imprime una curiosidad que cuenta con un largo porvenir para satisfacerse. Aun cuando pudiesen conseguir que mintiera su rostro, les haría traición su apariencia exterior, que descubre siempre la manera de sentir, porque se modifica según la varia expresión de los sentimientos. Por otra parte, es imponerse una penosa carga y procurrarse costantes motivos de aflicción y de pena, el empeñarse en sostener una mentira que uno mismo ha de descubrir á cada paso y sin poderlo evitar.

LX. ¿Pero cómo nos consolaremos al menos de esta dura necesidad de envejecer? Si esperamos para ello á que llegue el momento, no nos consolaremos nunca, por el contrario, si nos vamos preparando á este suceso durante toda la vida, el momento llega y aun pasa sin percibirlo. ¡Y qué! ¿hemos de tener delante por toda la vida la lúgubre perspectiva de esa aterida ancianidad donde no vemos otro mundo que el que existió en otro tiempo para nosotros? Sí: debemos tenerla delante toda la vida, usando bien de ésta y preparándonos á recibir una muerte santa y pacífica.

LXI. ¡Qué palabra, buen Dios! ¿acaso es también un deber el de morir? No: morir no es un deber, es una necesidad; pero el deber consiste en prepararnos á morir bien, es decir,



á preveer la eternidad que espera á nuestra alma, y alcanzar la dicha de esa eternidad que encierra un castigo para el culpable, y una recompensa para el virtuoso.

LXII. No nos engañemos, pues, en esto: acaso no hay asunto de meditacion mas dulce y consolador que el de la muerte; pero es necesario, para que lo sea, tener fé en la inmortalidad del alma, y en un Dios remunerador. La muerte, tal como la entienden los materialistas, no es un consuelo porque es un completo anonadamiento, y la que se anonada no puede sufrir consuelos ni tormentos.

LXIII. Dícese que los ancianos evitaban pronunciar la palabra *muerte* en sus conversaciones familiares. Esta palabra les recordaba una idea triste y desagradable; la idea de una destruccion completa. La creencia de la inmortalidad del alma se hallaba entonces menos generalizada que lo está en el dia. Los tratados de filosofia, no tenian sino un corto número de lectores, y los dogmas religiosos que envolvian aquella creencia, ocultos bajo formas alegóricas, no tenian la claridad y la precision necesaria para que pudiesen comprenderlos las masas del pueblo. Hoy dia, el hombre mas ignorante sabe que hay en él un alma inmortal, emanacion del Criador Supremo: la palabra muerte no despierta en él la idea de destruccion ni de anonadamiento, sino la de remuneracion, porque ¿qué significaria la inmortalidad del alma, qué significaria la libertad de opcion que nos ha quedado entre el bien y el mal moral, si de cualquier manera que obráse-

semos hubieran de resultar para nosotros las mismas consecuencias? Reflexiónenlo bien todos aquellos á quienes asusta la idea de la muerte, ó no creen en la inmortalidad del alma, y entonces echan por tierra toda la economía de la creacion, ó si creen en esta inmortalidad, se acusan de un miedo que hace dudar mucho de su valor moral.

LXIV. Las nociones del bien y del mal; el sentimiento de la libertad del alma; la conviccion íntima de la ley del deber; el conocimiento de todos los deberes que impone al hombre su naturaleza física y su naturaleza moral; el cuidado de la salud de los órganos; el esmero en procurarse la felicidad; el espíritu de conducta, de condicion y de edad, todo esto no es nada, no conduce á nada, no es mas que un tema dogmático friamente aprendido y destinado á no tener aplicacion alguna, si no hay otra cosa que venga á fecundizarlo, á darle calor, animacion y vida. ¿Qué es, en efecto, el hombre sin el sentimiento religioso? Despertad, pues, en el niño, alimentad en el jóven, y activad en vosotros mismos, y admirad en el anciano ese resplandor divino, sin el cual todo permanece frio y muerto, sin el cual el universo no seria mas que una pobre y usada máquina cumpliendo á ciegas su ignorado destino.

LXV. El entendimiento del hombre no es tan vasto como se le quiere hacer creer por lisonjear su vanidad. En él mismo reside una conviccion tan íntima de su limitado poder, que no bien se apodera de una idea, cuando ya la ha fijado con un nombre, le ha buscado un em-